El belén, Navidad 2016 /Ba

Era Navidad y ella soñaba con un Belén. No como el que por estas fechas, montan y acondicionan en muchos rincones del Albaicín, Realejo y Granada. El Belén que ella soñaba, decía que era distinto y en un rincón especial para que lo vieran y gustaran solo algunas personas.

Vivía cerca de Plaza Larga, en el mismo corazón del barrio del Albaicín. Desde su pequeña casa, se veía la Alhambra, Sierra Nevada, los cielos azules y las nubes blancas o negras cuando el otoño o invierno, por estas montañas revoloteaban. Tenía doce años y una de las cosas que le gustaba mucho era precisamente el otoño. Decía: "Las hojas amarillas que por estas fechas caen de los árboles, almeces, moreras y álamos, son como lágrimas, pequeños poemas o sueños que del alma se escapan. ¿Para quién son estos versos y a dónde se marchan? No lo sé pero a mí me gusta el color naranja en estos días de otoño y nieblas las largas.

Habló con sus padres y estos le dijeron:
- Nosotros no estamos para montar belenes. Ni tenemos dinero ni trabajo y sí mucho frío y pocos alimentos.
- Pero en Navidad, muchas personas montan belenes y se comportan con recogimiento. Adoran a Dios y a un niño grandioso que nació hace mucho tiempo.
- Algunas de estas personas creen en Dios pero otras no y hacen bien. Dios nunca nos da lo que necesitamos y menos viene a vernos y consolar nuestras penas.

Preocupada se quedó la niña con estas palabras de los padres. Pero en su corazón, algo le decía que lo de montar un belén, era bueno y llenaba de gozo. Caminó por la calle y a unas mujeres que conocía no lejos de donde ella vivía, les preguntó:
- Quiero montar un belén. ¿Vosotras podéis ayudarme?
La miraron un poco sorprendidas y la mayor de estas mujeres, le dijo:
- ¡Para belenes estamos nosotras!
- ¿Y quién podría ayudarme?
- Pregúntale a los vecinos de la plaza a ver si ellos pueden echarte una mano.

Sin pensarlo mucho se fue ella en busca de los vecinos de la plaza. Antes de llegar, al volver una esquina, se encontró con un hombre mayor que pedía limosna. Era la primera vez que lo veía y lo que más le llamó la atención nada más verlo, fueron sus largos y canosos pelos y barba también larga y blanca. Lo miró y él sin más le preguntó:
- ¿A quién buscas?
- Quiero montar un belén y no encuentro quién me apoye. ¿Tú puedes ayudarme? - ¿En qué sitio quieres montar tu belén?
- Aun no lo sé pero deseo que sea en un lugar especial. Bonito, poco conocido y donde no haya ruidos ni las personas puedan dañarlo.
Pensó el hombre un momento y luego le dijo:
- Yo conozco ese lugar.
- ¿Dónde está?
- Mañana lo vemos y te ayudo a montar el belén que sueñas. Te gustará.
- Confío en ti. ¿Dónde nos encontramos?
- Te espero mañana a primera hora en esta misma esquina.

Al día siguiente, vísperas ya de la Navidad, a primera hora, la niña se presentó en la esquina de la calle que habían acordado. No vio al hombre de las barbas. Lo llamó y nadie le respondió. Esperó un rato y volvió a llamarlo. De nuevo nadie respondió y por eso, pasado un buen rato, a unas personas que vivían allí cerca, les preguntó:
- ¿Lo habéis visto vosotros?
- Desde ayer por la tarde, no.
- ¿Y dónde podrá estar?
- Creemos que algunos lo han visto por donde las laderas, vegetación y arroyos que hay cerca del Avellano.
No preguntó más la niña, dio las gracias y se marchó.

Pero no se fue a su casa. Bajó por la calle hoy conocida con el nombre de Cuesta del Chapí, cruzó el río y subió por el caminillo que lleva a las laderas que los vecinos le habían dicho. Conforme se iba adentrando en la vegetación que por aquí crecía, lo llamaba sin parar. Nadie le contestaba. Al llegar a la altura por donde hoy existe el rincón de la Fuente del Avellano, tomó por una sendilla que remontaba por la pendiente. Apartó las ramas de algunas madroñeras, lentiscos y retamas y a cada instante, lo

llamaba. Se decía: “Si no me ayuda, no podré montar el belén que deseo. Es la única persona en la que confío porque parece bueno”

Según el día avanzaba, por el cielo aparecían algunas nubes. El aire se tornaba frío y el ambiente era húmedo. Con olor a musgo y a escarcha. Y era porque, según remontaba y volcaba a un pequeño barranco, sobre la hierba aparecían manchas de escarcha blanca. Algunos pajarillos revoloteaban por entre los arbustos y el rumor del agua de un arroyuelo, rompía el silencio que por el lugar envolvía. Al frente y al otro lado del río, le iba a quedando y, según remontaba, aparecían con más claridad, las casas, jardines y cipreses del barrio donde vivía. Por aquí, sí el sol a intervalos bañaba con una luz muy especial. Como tamizada y transmitiendo la sensación de un día parado, en espera de algún acontecimiento especial.

Al volcar ella para el pequeño barranco, sobre una recogida repisa del terreno, se paró. Lo llamó un par de veces y esperó. Agudizaba la vista con la esperanza de encontrarlo y de pronto, lo descubrió. En lo más pronunciado del barranco y por donde el arroyo encauzaba un chorrillo de agua, se movía. Lo volvió a llamar y le dijo:
- Quédate ahí que voy a tu encuentro.
Él parecía no prestarle atención pero ella, sí se movió con rapidez. Por una sendilla muy escabrosa, atravesó la vegetación y al poco estuvo cerca de él. Sin más le preguntó:
- ¿Por qué no me has esperado?
- Tenía cosas que hacer.
- Pero habíamos quedado…

Y no terminó ella de pronunciar lo que pretendía porque vio al frente y muy cerca, la entrada de una cueva de donde parecía salir algo que no sabía qué. Le preguntó:
- ¿Vives aquí?
- Ayúdame con esto y luego te explico.
Dijo el hombre. Recogía ramas secas y trozos de palos algo gruesos, también secos. Tenía ya un pequeño montón cerca del arroyo y, no lejos de este haz de ramas secas y sobre la hierba, también se veían setas, bellotas, almendras, algunas nueces y cuatro o cinco granadas. Observó ella con atención estas cosas y antes de prestar la ayuda que le pedía, volvió a preguntar:
- Y estas cosas ¿para qué son?
- Tú ayúdame y luego te cuento.
No hizo más preguntas la joven. Se puso y, siguiendo las indicaciones que él le daba, buscó ramas secas. De romero, algunas, de cornicabra, encina acebuches y almendros.

Entre los dos, en poco rato, juntaron un buen montón. Continuaron y poco a poco, fueron llevando todo al interior de la cueva. A la izquierda, según se entraba, el hombre fue colocando esta leña. Procurando dejar un buen espacio en el centro de la cueva. Un poco el fondo y como por entre unas rocas, se veían los borbotones de agua de un cristalino manantial. Y a la derecha según se entraba, ella pudo ver como unas repisas. Aquí fue donde él colocó las cosas comestibles que habían recogido por entre la vegetación. Le ayudó ella también en esta tarea y cuando ya estaban terminando, otra vez preguntó:
- Y todo esto, en este lugar y cueva ¿para qué es?
- Dentro de poco lo verás con tus propios ojos.
- ¿Pero y el belén que quiero montar?
Y ahora, nada respondió el hombre.

El día ya había avanzado mucho. El cielo se había cubierto por completo con densas nubes negras. No se movía el viento y el frío tampoco era mucho. Desde la puerta de la cueva donde ellos estaban, se veía claramente toda la colina del barrio del Albaicín. Y por aquí, las nieblas revoloteaban y, a intervalos, cubrían o dejaban ver las casas.

En el mismo centro de la cueva, el hombre preparó y prendió fuego a unas ramas. Ella preguntó:
- Y el belén ¿cuándo lo montamos?
Y ahora él sí contestó:
- Mi corazón arde y sé por qué. Esta noche ya es Navidad y los recuerdos entristecen mi alma.
- ¿Qué recuerdos?
- El perfume de los naranjos, su color verde y las naranjas destellando en color oro entre las ramas. El limonero, el pequeño naranjo de las mandarinas, el laurel, la hierba decorada con gotas de rocío, el agua saltando por la corriente del río, las sombras, el olor a humedad, la oscuridad de la noche… Mi corazón arde y sé por qué.

En silencio se quedó ella porque no sabía qué decir. Las llamas se alzaron de entre las ramas secas y el humo se abrió paso por la entrada de la cueva. Le dijo él:
- Acércate al fuego y calienta tus manos y cuerpo. Salgo fuera y vuelvo enseguida. No tengas miedo ni te inquietes.

Junto a las llamas se acurrucó ella y el hombre, de las matas de romero, tomillo, jaras blancas y retamas, fue cortando ramas frondosas. Juntó un buen fajo y cargó con él. Entró a la cueva y en el rincón de la derecha y no lejos de la lumbre, preparó la cama. La noche ya estaba encima. El frío aumentaba, el silencio se hizo denso y la quietud por todo el barranco y ladera se palpaba como dueña de la oscuridad y paisajes.

Indicó el hombre:
- En esta rústica cama con olor a campos vírgenes, puedes dormir esta noche cuando el sueño cierra tus ojos. Como lo hizo ella también aquella fría y misteriosa noche de Navidad.
Sorprendida se quedó la niña al oír de él "como lo hizo ella". Lo miró y llena de curiosidad le preguntó:
- ¿Quién es o fue ella?
- Ahora te lo cuento. Preparo antes las cosas para que comas algo y luego, mientras te da calor este fuego y coges el sueño en esta cama de princesa, te cuento la historia más hermosa.

En las brasas de la lumbre, puso el hombre setas y bellotas, partió algunas almendras y nueces, se la dio a la niña y mientras ésta comía algo recostada en la origina cama de monte, el hombre la miraba. Del manantial en el fondo de la cueva, en un pequeño recipiente de barro, cogió agua y se la ofreció para que bebiera, comió luego un par de setas y bellotas sin apartarse mucho de la lumbre y a su derecha, en una piedra, se sentó él. Dijo a la pequeña:
- Esta noche, en esta cueva y lugar, va a ocurrir algo maravilloso.
- ¿Qué es lo que ocurrirá?
- Algo portentoso que enlaza con el lugar y rincón donde mi corazón tiene su cielo.
- ¡Cuéntamelo!

Se recostó ella en la cama de monte, apoyando su cabeza en un pequeño puñado de ramas de romero, mirando al hombre, frente a la lumbre y frente a la cavidad de la cueva por donde al fondo y a lo lejos, se veían las luces del barrio sobre la colina. Dijo él:
- Desde aquella noche, cada vez que al final del año llegan estas fechas, mi corazón revive. En sueño, una y otra vez, me veo surcando el camino que remonta por el río. El camino que por entre la vegetación, robles, encinas, madroñeras, durillos y acebuches, desde el río grande, sube hasta el rincón del silencio, rumor de agua, luces y sombras misteriosas.

Y conforme recorro este camino, todavía en mis sueños tal como estaba cuando lo recorría de pequeño, me duele el corazón y el alma y se me llena la sangre de esencias a recordarlos. Porque, sin que los vea, sé que por aquí están, resuenan sus pasos, sus palabras y el aroma de sus campos. Ellos, los que fueron mi sangre porque me dieron la vida, abrazos y besos y los otros: los que tenían su cortijo al resguardo de las rocas, junto a los veneros y labraban las tierras para conseguir alimentos. Éstos, cada día, mañana, tarde y noche, surcaban el mismo camino que en mis sueños recorro. Y como eran buenos, los mejores, más sufridos, curtidos por el tiempo y nobles como pocos, los sentía mis amigos, hermanos, compañeros en todo y bondadosos como los más perfectos.

Me tiembla el corazón y el aliento se me congela cuando, siguiendo el camino, llego a la primera curva. Enseguida aquí, al frente, aparecen las altas crestas rocosas y los imponentes cortados que caen hacia el río, donde existía el calor que alimenta mi vida. Me paro y durante un largo rato, miro al frente y observo despacio. Todavía por ahí puedo ver las veredas que casi escalando el pronunciado desnivel de la montaña, avanzaban hasta lo más elevado. Al volcar, adivino estas veredas cayendo hacia el barranco opuesto pero siguiendo la misma línea de nivel en el terreno, en busca de la construcción. Y ahí, en el barranco, donde parecía que la vereda tiene su fin, veo la rústica construcción.

Un complejo no muy grande de viviendas y corrales para las ovejas, cabras y bestia y algunas construcciones más para guardar alimentos y los frutos de las cosechas. Rozando las paredes de estas construcciones, veo el arroyo saltando. Sé que nace sólo unos metros más arriba, en la parte más honda del barranco y donde las dos montañas se juntan. Ay aquí buena tierra y como el sol da de frente a lo largo de todo el día, ellos escogieron este rincón para levantar las construcciones, dar de beber a sus animales y sembrar sus cosechas. Durante muchos, muchos años este sitio fue su mundo y donde sus vidas se realizaban. Un mundo cruel, duro pero hermoso y lleno de eternidad. Hasta que poco a poco fueron desapareciendo. Murieron de viejos, algunos. Otros se marcharon y los que resistieron a la dificultad y opresiones de los que ordenaban, se sintieron acorralados y sin futuro.

Un día, no concreto ni real, todo por aquí quedó en silencio. Sin sus presencias, animales ni cosechas aunque el manantial continuaba brotando y por el arroyuelo, sin parar de correr, el agua. La vegetación cubría el terreno y las montañas, como amigas de las lluvias, las nevadas, calores del verano y del tiempo en general. Las veredas, solo algunas, se fueron borrando porque ya no transitaba por ellas ni rebaños de ovejas ni bestias con cargas de cereales. Pero en mis sueños, veo con toda claridad, la bonita y misteriosa vereda que remonta hasta lo más alto de la cumbre. Y los veo a ellos y me veo a mí en compañía de la hermana chica. Algunos días lloraba, otras veces, sonría y jugaba conmigo y siempre parecía lo más valioso de todo lo que nos rodeaba y existía en estos lugares.

Hermoso como nada y de valor eterno, esto que te describo y más hermoso y hondamente espiritual lo que el corazón y el alma siente. Desde la curva en el camino que voy recorriendo, avanzo. Elevándome ahora cada vez más por la ladera de la montaña que me supera. A la izquierda, empieza a quedarme el espeso bosque de robles, en estos días ya sin hojas, pero cubierto el terreno por donde clavan sus raíces por una espesa alfombra de hierba, musgo y hojas amarillas ya casi podridas. Por encima de este denso, oscuro, húmedo y un poco misterioso bosque de robles, corona la imponente molen de rocas. La elevadísima montaña que por el lado norte, amuralla al rincón de la hierba y del agua y donde el corazón tiene su mundo de amor.

Por eso, el corazón me palpita más y más emocionado según voy acercádome al balcón donde termina el camino y desde donde se ve, en lo más hondo, el valle con el río, las alfombras de hierba, las rocas por donde la cueva perforada y las tierras aun decoradas con los naranjos, limonero, laureles y parras. La noche va apareciendo, el cielo todo se está cubriendo con densas capas de nubes que parecen montañas de nieve suspendidas sobre los cerros y el ambiente es frío. Siento que para la Navidad solo quedan unas horas. Por eso, al llegar a la terraza que es balcón natural sobre el valle, me paro y miro. Me grita el misterioso y bellísimo espacio que por mis ojos entra. La fría y amiga sombra de la noche, empieza a cubrir todo el barranco y la humedad y olor a hierba fresca que el airecillo me trae, se me cuela por todos los poros del cuerpo.

Veo la puerta de la cueva por entre las grandes rocas junto al río amontonadas y los veo a ellos dentro. Sentados juntos al fuego que hay en el centro de la cueva y, mientras se calientan, se dan compañía y comentan algo. Son tres: el padre, la madre y la niña pequeña y luz de mi alma. Saben que es Navidad, algo que en el mundo entero se celebra y que es de valor muy grande. Pero para ellos esta noche, es como otra noche cualquiera aunque en su interior, palpan algo diferente. Comenta la pequeña:
- Es como si la luz, el rodar de la noche, el correr del río, el olor que el aire trae y la quietud que hay por estos lugares, hoy fuera diferente. ¿Vosotros me podéis decir por qué?
Dice la madre:
- Sabemos que es Navidad, momento en que las personas experimentan en sus corazones, deseos de bondad y esperan el calor y el cariño de otros. Navidad debe ser algo grande y en el fondo hermoso pero nosotros, fíjate en qué lugar del mundo nos encontramos y tan solos.
- Pero a mí me gusta el claro río que por aquí corre, la hierba verde, el aire con olor a romero y los cielos de las noches llenos de estrellas.

Nevó mucho aquella noche. Tanto que de madrugada, las rocas que formaban el techo de la cueva, crujieron. Media montaña se hundió por completo y como en muchos kilómetros a la redonda nadie vivía en aquellas montañas, nadie supo de este incidente. Al llegar el nuevo día, la nieve se había acumulado en más de tres metros de espesor. Hermosísimo paisaje blanco que se extendía desde la más alta de las montañas, por todas las laderas y barrancos. Y en silencio, al llegar este nuevo día, era total. Como de piedra. Solo el rumor de las aguas saltando por la corriente de río y el crujir de las ramas al romperse con el peso de la nieve.

Entre las rocas desprendidas, se quedaron ellos y yo también. Todo estaba oscuro, hacía mucho frío y aunque los llamé una vez y otra, nadie me contestaba. Con mucha dificultad y aprovechando un agujero, pude salir de entre las rocas. Ya el día estaba casi en su centro y el amplio manto de nieve, relucía con la quietud y belleza del misterio. Me encontraba solo. Los seguí llamando y, como pude, me refugié en una pequeña cavidad que por las rocas había quedado. No sé cómo fue pero debí quedarme dormido. Cuando desperté, tampoco sé cuánto tiempo después, vi que la nieve había casi desaparecido de los paisajes.

Me dolían los pies, las manos y muchas partes del cuerpo y tenía hambre y sed. Con dificultad, bebí agua en el río, busqué nueces y almendras, cogí naranjas y comí. Recuperé fuerzas y entonces me puse a buscarlos. Tardé en encontrarlos y luego me costó mucho sacarlos de entre las rocas. Cavé tres sepulturas cerca del río y donde más hierba había y aquí los enterré. Lloré y recé por ellos, medité en silencio por entre la luz y sombras con los paisajes, el río, los árboles, el azul del cielo y el viento y unos días después, me alejé de esos lugares. En busca no sabía yo de qué pero recorrí lugares y mundo. Pasó el tiempo, corrían los años y cada noche, en mis sueños, aparecía una vez y otra, este rincón del río, con su prado verde, los árboles, las laderas y las montañas. Siempre y cada noche, en mi sueño caminaba hasta llegar al collado donde el balcón sobre el valle y aquí me paraba. Para observar despacio, sentir los latidos de mi corazón emocionado por los recuerdos y nunca, ni una sola vez en mi sueño, me atrevía a bajar al valle donde el río, los naranjos, sus sepulturas y la cueva hundida.

Pero esta noche de Navidad, va a ocurrir algo maravilloso en este rincón en el que estamos ahora mismo y allá en el valle donde mi corazón tiene su vida. Porque ya, después de tanto tiempo, tantos lugares recorridos, tantas experiencias vividas y tan cansado mi alma y cuerpo, he llegado a una conclusión maravillosa: sé que nada material en esta tierra permanece para siempre. Todo nace, crece y muere y nosotros las personas, también entramos en este carrusel. Pero el cariño que ellos entre sí se

regalaban aquella noche, los sueños de sus corazones y la belleza que les mantenía unidos y por la que luchaban cada día, eso es eterno. Por ese valle, junto al río, entre montañas, olor a hierba y lleno de cantos de mirlos, existe una realidad muy hermosa que trasciende al tiempo y eleva hasta los confines más profundos del universo. Y saber esto, consuela de la manera más real y deja al espíritu muy tranquilo. Dentro de un rato y a lo largo de toda esta noche, en esta cueva, va a ocurrir algo maravilloso.

Terminó el hombre de narrar este relato y miró a la pequeña. En la cama de monte que le había preparado junto al fuego, se veía acurrucada. Estaba dormida y por eso no preguntó nada ni el hombre la despertó. Sí, al llegar el nuevo día, muchas personas desde el barrio del Albaicín, en la colina de enfrente, vieron el resplandor. Se preguntaban:
- ¿Qué será aquella luz azul clara que se ve por encima del río?
- No lo sabemos pero deberíamos ir a verla.
Y fueron a ver. Por la Cuesta del Chapiz, bajaron los padres de la niña, los vecinos mayores que nada habían querido saber del belén y otras personas. Preocupados algunos por la ausencia de la pequeña a lo largo de la noche, pero como arrastrados hacia el resplandor azul claro que en la ladera se veía.

Subieron por las veredas y al acercarse a la cueva, de tanta luz como manada del interior, no se atrevían a entrar. Desde fuera, miraron los padres y los vecinos. Junto al fuego que aún ardía, la vieron acurrucada. Como durmiendo aunque parecía hablar con alguien. Los padres oyeron que preguntaba:
- ¿Y no volverá?
- El mundo al que se ha marchado es tan maravilloso y tan bellas las personas con las que se encontrará, que no volverá. Nunca más volverá por estos lugares porque se ha ido a su cielo, al paraíso de sus sueños, al incomprensible pero hermosísimo mundo de lo eterno.
- ¿Y el belén que íbamos a montar?

A esta pregunta nadie oyó ninguna respuesta. Sí los que observaban desde fuera dijeron:
- Quería montar un belén y parece que ella misma se ha convertido en ese sueño. El mundo de los niños, a veces es como el más real y bello de los cuentos.